CAPÍTULO XXVI.

Donde se prosigue la graciosa aventura del Titerero, con otras cosas en verdad harto buenas.

Callaron todos Tirios y Troyanos (1): quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, quando se oyéron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho y dixo: esta verdadera historia que aquí á vuesas mercedes se representa es sacada al pie de la letra de las corónicas francesas, y de los romances españoles que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor Don Gayféros á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de Moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entónces la que hoy se llama Zaragoza: y vean vuesas mercedes allí como está jugando á las tablas Don Gayféros, segun aquello que se canta:

(1) Traduccion del primer verso del lib. II, de la Eneida:

Conticuere omnes, intentique ora tenebant,

adoptada acaso de la de Gregorio Hernandez de Velasco.

Jugando está á las tablas Don Gayféros,
Que ya de Melisendra está olvidado (1).

Y aquel personage que allí asoma con corona en la cabeza y cetro en las manos

(1) Y prosigue:

Quando el famoso Carlos y Oliveros
A ver el juego juntos han entrado,
Con otros valerosos caballeros
De aquellos de los Doce, que á su lado
Jugaban, y á su mesa los ponia,
Porque esto su valor lo merecia.

A esta primera octava se siguen otras seis, donde se cuenta esta libertad de Melisendra, cautiva del rey Marsilio en la Aljaferia de Zaragoza: y donde se cuenta mas por menor es en otro romance, que es uno de los princi-

es el Emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el qual mohino de ver el ocio y descuido de su yerno le sale á reñir: y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dió y muy bien dados: y despues de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corria su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dixo: harto os he dicho, miradlo (1). Miren vuesas mercedes tambien, como el Emperador vuelve las espaldas y dexa despechado á Don Gayféros, el qual ya ven como arroja impaciente de la cólera léjos de sí el tablero

palmente citados por el criado de maese Pedro, y que empieza:

Asentado está Gayferos
En el palacio real:
Asentado está al tablero
Para á las tablas jugar, etc.

(Biblioteca Real: est. 81, ord. 3.)

(1) Este es un verso del romance que al descuido de Gayferos y reprehension de Carlo Magno compuso Miguel Sanchez, llamado el Divino, uno de los mejores poetas

y las tablas, y pide apriesa las armas, y á Don Roldan su primo pide prestada su espada Durindana (1), y como Don Roldan no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero él valeroso, enojado, no lo quiere aceptar; ántes dice, que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el mas hondo centro de la tierra, y con esto se entra á armar para ponerse luego en camino. Vuelvan vuesas mercedes los ojos á aquella torre

cómicos del siglo pasado, en el qual se lee la copla siguiente.

Melisendra está en Sansueña,
Vos en Paris descuidado:
Vos ausente, ella muger:
Harto os he dicho: miradlo.

(*Eloquencia Española* de Bartolome Ximenez Paton: f. 81.)

(1) De esta espada dice el arzobispo Turpin que era de una hechura hermosísima, de un filo incomparable, y de una fortaleza inflexible. Llámala *Duranda*, acaso por su dureza. Otros franceses la llamaron *Durandal*: los italianos *Durindana*, cuyo nombre adoptó nuestra lengua. El fabricante se llamó *Munificans*, segun se dice en la historia de Carlo Magno.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
10294

que allí parece, que se presupone que es una de las torres del Alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería, y aquella dama que en aquel balcon parece vestida á lo Moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponia á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris y en su esposo se consolaba en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamas. ¿No ven aquel Moro que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren como la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y como se lamenta y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren tambien, como aquel grave Moro, que está en aquellos corredores, es el Rey Marsilio de Sansueña, el qual por haber visto la insolencia del Moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender y que le dén docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad con chilladores delante y envaramiento detras (1): y veis aquí donde salen á executar la sentencia, aun bien apénas no habiendo sido puesta en execucion la culpa, porque entre Moros no hay traslado á la parte, ni á prueba, y estése, como entre nosotros (2). Niño, niño, dixo con voz alta á esta sazon Don Quixote, seguid vuestra historia linea recta, y no os metais en las curvas ó transversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas. Tambien dixo Maese Pedro desde dentro: muchacho, no te metas en dibuxos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo mas

(1) Delante de los azotados va el pregonero, que publica ó chilla la sentencia, y detras algunos alguaciles con las varas en las manos.

(2) El mismo Cervantes refiere con mas extension este modo de procesar de los moros. *Despachó* (dice en la novela del *Amante Liberal*, p. 113.) *las causas el Cadí sin dar traslado á la parte, sin autos, demandas, ni respuestas: que todas las causas* (*si no son las matrimoniales*) *se despachan en pie, y en un punto, mas á juicio de buen varon, que por ley alguna. Y entre aquellos barbaros* (*si lo son en esto*) *el Cadí es el juez competente de todas las causas, que las abrevia en la uña, y las sentencia en un soplo, sinque haya apelacion de su sentencia para otro tribunal.* A este ahorro de gastar en pleytos atribuye en parte la riqueza de los Argelinos el cautivo que escribio la *Relacion* de sus costumbres, citada en la *Vida* de Cervantes.

acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos que se suelen quebrar de sotiles. Yo lo haré así, respondió el muchacho, y prosiguió diciendo: esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona (1), es la mesma de Don Gayféros, á quien su esposa, ya vengada del atrevimiento del enamorado Moro, con mejor y mas sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algun pasagero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance, que dice:

Caballero, si á Francia ides,
por Gayféros preguntad (2).

Las quales no digo yo ahora, porque de

(1) Capa propia de aldeanos, pastores y viajantes; con capilla puntiaguda. (*Covarrubias*: V. Gaban.)

(2) *Decilde que la su esposa*
Se le envia á encomendar:
Decilde que si ya es tiempo
De me venir á sacar
Desta prision tan esquiva,
Do vivo con soledad.

Se ha continuado aquí este breve romance, esperando que el lector disimulará esta prolixidad.

la prolixidad se suele engendrar el fastidio: basta ver, como don Gayféros se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace, se nos da á entender que ella le ha conocido, y mas ahora que vemos se descuelga del balcon para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. Mas ¡ay sin ventura! que se le ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y está pendiente en el ayre, sin poder llegar al suelo. Pero veis como el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega Don Gayféros, y sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellin, ase de ella y mal de su grado la hace baxar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajádas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente, y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho, porque no se caiga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerías (1). Veis tambien, como los relinchos del caballo dan señales que va con-

(1) A este paso del retablo de maese Pedro escribio Gongora un romance, en que al mismo tiempo satiriza las

tento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis, como vuelven las espaldas y salen de la

---

costumbres de las damas y caballeros franceses, contemporaneos de Don Gayferos, cuyas primeras coplas dicen así:

Desde Sansueña á Paris
Dixo un medidor de tierra
Que no habia un paso mas
Que de Paris á Sansueña.

Mas hablando ya en juicio,
Con haber quinientas leguas
Las andubo en treinta dias
La señora Melisendra.

A las ancas de un polaco,
Como Dios hizo una bestia:
De la cincha alla frison,
De la cincha aca litera.

Llevabala Don Gayferos,
De quien habia sido ella
Para lo de Dios esposa,
Para lo de amor cadena.

Contemple qualquier cristiano
Qual llevaria la francesa
Lo que el griego llama nalgas,
Y el frances asentaderas.

Caminaban en verano,
Y pasabanlo en las ventas
Los dos nietos de Pipino,
Con su avuelo, y agua fresca.

(Romances Burlescos, romance IV.)

ciudad, y alegres y regocijados toman de Paris la via. Vais en paz, ó par sin par de verdaderos amantes, llegueis á salvamento á vuestra deseada patria sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viage: los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Nestor sean) que os quedan de la vida. Aquí alzó otra vez la voz Maese Pedro, y dixo: llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectacion es mala. No respondió nada el intérprete, ántes prosiguió diciendo: no faltáron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la baxada y la subida de Melisendra, de quien diéron noticia al Rey Marsilio, el qual mandó luego tocar al arma, y miren con que priesa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas que en todas las torres de las mezquitas suenan. Eso no, dixo á esta sazon Don Quixote, en esto de las campanas anda muy impropio Maese Pedro, porque entre Moros no se usan campanas, sino atabales y un género de dulzaynas, que parecen nuestras chirimías, y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate. Lo qual

oido por Maese Pedro, cesó el tocar, y dixo: no mire vuesa merced en niñerías, señor Don Quixote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo que no se le halle. ¿No se representan por ahí casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no solo con aplauso, sino con admiracion y todo? Prosigue, muchacho, y dexa decir, que como yo llene mi talego, siquiera represente mas impropiedades que tiene átomos el sol (1). Así es la verdad, replicó Don Quixote, y el muchacho dixo: miren quanta y quan lucida

(1) Por ser general la censura, que hace aquí Cervantes de las impropiedades de las comedias de su tiempo, pudiera bien comprehender las de Lope de Vega, que siendo uno de los individuos de la Academia de Madrid, fundada á principios del siglo XVII, cuidaba mas de llenar el talego (segun daba á entender Cristobal de Mesa) que de observar las reglas del arte.

. . . . . Dichoso entre ellos tú, que solo
Has hecho tanta copia de comedias,
Que te dan fama en uno y otro polo.

Si tu necesidad asi remedias,
Contribuya la comica canalla
Para calzas y sayo, capa y medias.

(Rimas, p. 187. b. impresas el año de 1611.)

caballería

caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes, quantas trompetas que suenan, quantas dulzaynas que tocan, y quantos atabales y atambores que retumban: témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados á la cola de su mesmo caballo, que seria un horrendo espectáculo. Viendo y oyendo pues tanta morisma y tanto estruendo Don Quixote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huian, y levantándose en pie, en voz alta dixo: no consentiré yo que en mis dias y en mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como Don Gayféros: deteneos, mal nacida canalla, no le sigais ni persigais, si no, conmigo sois en la batalla, y diciendo y haciendo desenvaynó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á este, destrozando á aquel, y entre otros muchos tiró un altibaxo tal, que si Maese Pedro no se abaxa, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con mas facilidad que si fuera hecha de masa de mazapan.

Daba voces Maese Pedro, diciendo : deténgase vuesa merced, señor Don Quixote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata, no son verdaderos Moros, sino unas figurillas de pasta : mire ¡pecador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda. Mas no por esto dexaba de menudear Don Quixote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en ménos de dos credos, dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus xarcias y figuras, el Rey Marsilio mal herido y el Emperador Carlo Magno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el Senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta : temió el primo, acobardóse el page, y hasta el mesmo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo, porque como él juró despues de pasada la borrasca, jamas habia visto á su señor con tan desatinada cólera. Hecho pues el general destrozo del retablo, sosegóse un poco Don Quixote y dixo : quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen, ni quieren creer de quanto provecho sean en el mundo los caballeros andantes : miren, si

no me hallara yo aquí presente, que fuera del buen Don Gayféros y de la hermosa Melisendra; á buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algun desaguisado. En resolucion, viva la andante caballería sobre quantas cosas hoy viven en la tierra. Viva en hora buena, dixo á esta sazon con voz enfermiza Maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado que puedo decir con el Rey Don Rodrigo : ayer fuí señor de España, y hoy no tengo una almena que pueda decir que es mia (1).

---

(1) Estos versos son del romance de *como perdio á España el Rey Don Rodrigo*, de donde Cervantes entresacó los que le parecieron mas propios, como se ve en los siguientes, donde se lee con mas extension este pasage :

Llorando de los sus ojos
Desta manera decia :
Ayer era Rey de España,
Oy no lo soy de una villa;
Ayer villas y castillos,
Oy ninguna poseia :
Ayer tenia criados
Y gente que me servia,
Oy no tengo una almena
Que pueda decir que es mia.

(*Cancionero* de Anvers, 1555, 16, f. 116, b.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

No ha media hora, ni aun un mediano momento que me vi señor de Reyes y de Emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que á fe que primero que le vuelva á mi poder me han de sudar los dientes, y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice, que ampara pupilos y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas, y en mí solo ha venido á faltar su intencion generosa, que sean benditos y alabados los cielos allá donde tienen mas levantados sus asientos.

En fin *el Caballero de la Triste Figura* habia de ser aquel que habia de desfigurar las mias. Enternecióse Sancho Panza con las razones de Maese Pedro, y díxole: no llores, Maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazon, porque te hago saber que es mi señor Don Quixote tan católico y escrupuloso christiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas. Con que me pagase el señor Don Quixote

alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaria contento, y su merced aseguraria su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ageno contra la voluntad de su dueño y no lo restituye. Así es, dixo Don Quixote; pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, Maese Pedro. ¿Como no? respondió Maese Pedro; y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo ¿quien las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? ¿y cuyos eran sus cuerpos sino mios? ¿y con quien me sustentaba yo, sino con ellos? Ahora acabo de creer, dixo á este punto Don Quixote, lo que otras muchas veces he creido, que estos encantadores que me persiguen, no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me ois, que á mí me pareció todo lo que aquí ha pasado que pasaba al pie de la letra, que Melisendra era Melisendra, Don Gayféros Don Gayféros, Marsilio Marsilio, y Carlo Magno Carlo Magno: por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesion de caballero

andante, quise dar ayuda y favor á los que huian, y con este buen propósito hice lo que habeis visto: si me ha salido al reves, no es culpa mia, sino de los malos que me persiguen, y con todo esto deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mesmo condenarme en costas: vea Maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana. Inclinósele Maese Pedro, diciéndole: no esperaba yo ménos de la inaudita christiandad del valeroso Don Quixote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesidados y menesterosos vagamundos, y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y mí de lo que valen, ó podian valer las ya deshechas figuras. El ventero y Sancho dixéron, que así lo harian, y luego Maese Pedro alzó del suelo con la cabeza ménos al Rey Marsilio de Zaragoza, y dixo: ya se ve quan imposible es volver á este Rey á su ser primero, y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento quatro reales y medio. Adelante, dixo Don Quixote. Pues por

esta abertura de arriba abaxo, prosiguió Maese Pedro, tomando en las manos al partido Emperador Carlo Magno, no seria mucho que pidiese yo cinco reales y un quartillo. No es poco, dixo Sancho. Ni mucho, replicó el ventero, médiese la partida y señálensele cinco reales. Dénsele todos cinco y quartillo, dixo Don Quixote, que no está en un quartillo mas á ménos la monta desta notable desgracia, y acabe presto Maese Pedro, que se hace hora de cenar y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dixo Maese Pedro, que está sin narices y un ojo ménos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedis. Aun ahí seria el diablo, dixo Don Quixote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo, por lo ménos en la raya de Francia, porque el caballo en que iban, á mí me pareció que ántes volaba que corria, y así no hay para que venderme á mí el gato por liebre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia con su esposo á pierna tendida: ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor Maese Pedro, y

010294

caminemos todos con pie llano y con intencion sana, y prosiga. Maese Pedro que vió que Don Quixote izquierdeaba y que volvia á su primer tema, no quiso que se le escapase, y así le dixo: esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servian, y así con sesenta maravedis que me den por ella quedaré contento y bien pagado. Desta manera fué poniendo precio á otras muchas destrozadas figuras, que despues lo moderáron los dos jueces árbitros con satisfacion de las partes, que llegáron á quarenta reales y tres quartillos, y ademas desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió Maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. Dáselos, Sancho, dixo Don Quixote, no para tomar el mono, sino la mona, y docientos diera yo ahora en albricias á quien me dixera con certidumbre que la señora Doña Melisendra y el señor Don Gayféros estaban ya en Francia y entre los suyos. Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dixo Maese Pedro; pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémonos. En resolucion, la

borrasca del retablo se acabó, y todos cenáron en paz y en buena compañía á costa de Don Quixote, que era liberal en todo extremo. Ántes que amaneciese se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas, y ya despues de amanecido se viniéron á despedir de Don Quixote el primo y el page, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del qual le dió Don Quixote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver á entrar en mas dímes, ni dirétes con Don Quixote, á quien él conocia muy bien, y así madrugó ántes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y á su mono, se fué tambien á buscar sus aventuras. El ventero que no conocia á Don Quixote, tan admirado le tenian sus locuras como su liberalidad. Finalmente Sancho le pagó muy bien por órden de su señor, y despidiéndose dél casi á las ocho del dia, dexáron la venta y se pusiéron en camino, donde los dexarémos ir, que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaracion desta famosa historia.